LA REVOLUCION FRANCESA.

PERÍODO DE RECONSTRUCCION RELIGIOSA.

CAPITULO PRIMERO.

Porqué la Revolucion invoca siempre la antigüedad pagana, á Voltaire y Rousseau algunas veces, y nunca á Lutero ni á Arrio.—Afinidad entre la Revolucion y la clásica antigüedad.—Razon de esa afinidad.—Marcha de la Revolucion en su obra reconstructora.

Hemos visto á la Revolucion invocando constantemente á la antigüedad clásica, algunas veces á Voltaire, y con mas frecuencia que á este á Rousseau, para llevar á cabo su obra de destruccion; pero nunca la oimos invocar á Arrio, á Mahoma, á Calvino ni á Lutero. ¿Cuál es la causa y significacion de este hecho notable?

Fácil es contestar que la antigüedad griega y romana habia sido cuidadosamente enseñada á la juventud revolucionaria, y no así el arrianismo, el mahometismo, el

calvinismo ni el luteranismo; que era muy natural por lo tanto que, una vez en el poder esa misma juventud, procurase poner en práctica unas doctrinas que tanto habia admirado, y que considerase, si no como un deber, al menos como un derecho el destruir radicalmente un órden religioso y social enteramente distinto del tipo soñado é idolatrado por ella.

Buena es sin duda la respuesta, pero no satisface. El entusiasmo de la Revolucion por el paganismo tiene un orígen mas hondo todavía, que se halla en la afinidad íntima que hace á la época revolucionaria gravitar hácia la época pagana, tan naturalmente como la ley de la atraccion hace que la aguja imantada gravite hácia el polo.

¿Qué era, en efecto, el antiguo paganismo clásico de Esparta, Atenas y Roma? Un estado social fundado en la voluntad arbitraria del hombre y no en la de Dios, y un órden de cosas en el que el hombre era Dios y rey al mismo tiempo. «*Todo* en el paganismo era Dios escepto Dios mismo,» dice Bossuet á imitacion de S. Agustin, que hablaba segun la historia. Ese *todo* quedaba, pues, reducido al hombre en último resultado, ó mas bien al demonio de quien era juguete y esclavo. El hombre, entre los millares de dioses que habia forjado, no adoraba en realidad mas que á uno, y este era él mismo; él, hombre degenerado, orgullo y deleite todo él. En una palabra, el hombre pagano habia hecho todo, sociedad y religion, en provecho propio y á su imágen, despues de haber roto el yugo de las leyes divinas, religiosas y sociales.

¿Qué hizo la Revolucion? «Una Revolucion propiamente dicha, esclamaba el presidente Vernier subido en la tribuna, es el combate de la *razon contra las preocupaciones, del sagrado entusiasmo de la libertad contra el fanatismo, la tiranía y la supersticion; tal es la Revolucion que vamos á jurar sostener* (1).» Esta definicion, tanto mas preciosa cuanto menos sospechoso es su orígen, es un rayo de luz; pues dice claramente que la esencia de la Revolucion es el trastorno del órden religioso y social existente, y la fundacion de un órden nuevo sobre la soberanía del hombre; ó en otros términos, que *la Revolucion es la apoteosis del hombre*. Tal es su principio generador, su brújula y el fin de sus actos y discursos, que de otro modo quedarian reducidos á impenetrables misterios.

Sentado esé principio, fácilmente se comprende porqué la Revolucion, en la eleccion de sus autoridades, no se detiene en Lutero, en Calvino, en Mahoma ni en Arrio, pues que ninguno de estos habia deificado completamente al hombre. Todos ellos encorvaban todavía su cabeza bajo el yugo de algunas verdades reveladas. Su época no era la de la apoteosis social del hombre, y el invocarlos y tomarlos por modelos hubiera sido para la Revolucion retrogradar.

Se comprende igualmente porqué Voltaire y Rousseau, aunque invocados algunas veces, permanecen no obstante en segundo término. Entre todos los modernos, ellos son los que mas avanzaron en la deificacion del hombre, pero no la realizaron por completo. Si es cierto que fueron los precursores inmediatos de la *verdad revolucionaria*, tambien lo es que no son esa verdad en persona. Por unas razones ó por otras, ninguno de los dos proclama sin reticencias la soberanía absoluta del hombre en el órden social ni el religioso. Su época no era la de la apoteosis pública del hombre ni de su indisputable reinado.

Finalmente, se comprende porqué la Revolucion fran-

(1) Discurso de Vernier, presidente del consejo de los Quinientos. *Monitor*, tomo XXIX, pág. 593.

cesa, salvando diez y ocho siglos, se lanza de un salto en el seno de la antigüedad pagana; porqué se goza en medio de ella; porqué las glorias, los grandes hombres y las virtudes del paganismo son sus virtudes, sus grandes hombres y sus glorias; porqué canta unas en todos tonos, y se esfuerza con obstinada constancia en imitar fielmente otras. En efecto, la Revolucion halla en la antigüedad clásica, y solo en ella, órden religioso y social, lenguaje, máximas, modelos y todo cuanto puede desear.

Añadamos tambien que en ella encuentra las condiciones mas propias para halagar su vanidad. La civilizacion de Roma y Atenas es para ella mas que un motivo de orgullo; es un arma contra el cristianismo. Prendada la Revolucion de las instituciones, virtudes, artes y civilizacion de los antiguos, que se han reflejado ante su vista por medio de una educacion engañosa, la Revolucion se espresa en estos términos: «Del seno del politeismo salió la civilizacion mas notable. Si una religion, que se llama falsa, pudo producir una práctica tan bella y un conjunto que hace dos mil años está siendo la admiracion de los cristianos mismos, ¿qué cosa es religion? Verdadera ó falsa, la sociedad no procede de ella; todo bien, toda civilizacion, todo órden social proviene en último término del hombre; lo demás está en las nubes. Mi deber, mi gloria y el objeto de todos mis esfuerzos, será siempre hacer revivir esa magnífica antigüedad *en que el hombre solo era el señor* (1).»

Para lograr, pues, su apoteosis, el hombre antiguo habia hecho dos cosas: seducido por el príncipe del mal, habia destruido el órden religioso y social fundado en la voluntad divina, y sobre sus ruinas habia edificado otro cimentado en la del hombre. Para el atento observador, la historia toda del paganismo se halla compendiada en estas dos palabras: *destruccion* y *reconstruccion*.

(1) Este es testualmente el pensamiento íntimo de la Revolucion, espresado, como lo hemos visto, por Francisco de Neufchâteau.

Pues bien; la Revolucion toda entera se encuentra resumida en esas dos mismas palabras.

Vímosla, apenas nació, atacar con inaudito encarnizamiento toda autoridad religiosa y social, toda distincion, todo privilegio y toda propiedad que ella no habia establecido.

Despues de haber nivelado el terreno, y adquirido como el hombre antiguo el derecho de decir, colocado en pié sobre sus ruinas, *yo solo soy grande;* el hombre revolucionario va á esforzarse, siempre á imitacion de aquel, en crear un órden religioso y social en el que será todo, como lo es Dios en el mundo.

Véamosle primero instituyendo su religion. Así como el hombre antiguo proclamaba á Júpiter y la metensicosis, al propio tiempo que se burlaba en la práctica del rey del Olimpo y de la transmigracion de las almas, el hombre revolucionario decreta, *pro formula*, el Ser Supremo y la inmortalidad del alma; pero el verdadero Dios que en el fondo adorará, será él, su razon y sus sentidos. La primera fiesta religiosa será la de la *Razon*, hecha palpable en una mujer sentada sobre el altar. *¡El hombre á los piés de Venus!* Tal será, en justo castigo de su orgullo, el término abyecto á que vendrá á parar el hombre en las dos épocas de su apoteosis social.

A esta primera fiesta se agregarán otras destinadas, como en la bella antigüedad, á glorificar al hombre en los diferentes misterios de su vida pública y privada.

La Revolucion reconocerá virtudes, pero virtudes *antiguas* que declarará tales; virtudes puramente humanas, que se gloriará de practicar sin las luces de la fe y sin los

auxilios de la gracia. Instituirá fiestas para celebrarlas y recompensas para hacerlas honoríficas. Tendrá sus héroes y semidioses á quienes colocará en sus templos, y decretará los honores de la apoteosis y de la inmortalidad. Así lo hicieron los hombres de Esparta, de Atenas y de Roma.

El hombre revolucionario instituirá tambien su reinado, tomando por modelo al hombre antiguo, con sus denominaciones, formas y demás; reinado absoluto y universal á cuyas órdenes, y hasta á cuyos caprichos, será preciso que todos se sometan sin reserva, sin murmurar y bajo pena de muerte.

El reinado soberano del hombre traerá consigo, lo mismo en religion que en política, una renovacion general. Habrá pues una era nueva, calendario nuevo, numeracion, lenguaje, nombres, costumbres y hasta trajes nuevos; todo, por supuesto, rigorosamente calcado en los modelos del hombre antiguo.

Nada de esto podrá establecerse ni subsistir si la enseñanza, apoderándose de las almas, no viene á amoldar las clases populares y las generaciones jóvenes al nuevo órden de cosas. Por lo tanto habrá enseñanza pública para el adulto y privada para el niño, y ambas enseñarán al hombre que es rey y al pueblo que es Dios.

Finalmente, la apoteosis social del hombre vendrá á parar en Europa al fin del siglo diez y ocho, como en la antigüedad diez y ocho siglos antes, al estado religioso y social mas humillante y al mas duro despotismo.

La historia va á enseñarnos cuál es el valor de esas analogías y la exactitud de nuestras deducciones.

CAPITULO II.

EL HOMBRE Y SU RELIGION.

Tres fases de la restauracion religiosa emprendida por la Revolucion. — Religion oficial de Chaumette y de Robespierre. — Religion de los teofilántropos. — Religion de Quinto Aucler y de su escuela. — Discurso de Robespierre y de la Vicomterie. — Fiesta de la Razon.

Segun hemos visto, la historia de la Revolucion francesa se divide en dos períodos, á saber: el de *destruccion* y el de *reconstruccion*. En la parte primera de este tomo hemos seguido á aquella desde la proclamacion de los derechos del hombre, demolicion de la Bastilla, abolicion de la nobleza y toma de las Tullerías, hasta el suplicio de Luis XVI; desde la famosa noche del 4 de Agosto, la abolicion del clero y los asesinatos de Setiembre, hasta el saqueo de Roma y prision del Papa; y la hemos visto destruir en todas partes, en nombre de los Griegos y Romanos, la religion y la monarquía. Hemos, pues, recorrido ya el período de destruccion, y nos resta ahora estudiar el de reconstruccion, procediendo á averiguar bajo qué influencias va á realizarse y hácia qué polo dirigirse.

El hombre se cree en el deber de sustituir al cristianismo que destruyó, y á la monarquía abolida por él, su religion y su reinado. ¿A dónde irá á buscar el tipo de una y otra?

La Convencion, su órgano oficial, principia por declarar abiertamente que el cristianismo no suministrará elemento alguno á su religion, que es indigno de ella,